

Balas rojas



«Lo primero es ganar la guerra, y para ganar la guerra todos nosotros tenemos que unirnos: republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas.»
(Largo Caballero)

PORTAVOZ DE LA 75 BRIGADA MIXTA

Madrid, 12 de Marzo de 1937

Número 2

DEL MOMENTO

Oviedo y Madrid. He aquí dos ciudades predilectas cuyos nombres nos emocionan. Las dos están cavando la tumba, primera y última, al criminal fascismo nacional e internacional.

Pero es nuestra intención dedicar el breve espacio que ocupa esta sección a Asturias la brava, que con su conducta y actuación, poco imitada desgraciadamente, está marcando con trazos violentos y firmes cual es el camino de la victoria. Nos cuesta esfuerzo separar, en lo que es nuestro propósito, los nombres de ambas, que consideramos inseparables en el ejemplar de nuestra lucha; más no nos es posible reducir hasta el extremo que el espacio nos permite lo que de las dos tendríamos que decir, y dejando a Madrid para la primera ocasión, dedicaremos estas líneas a Oviedo, o mejor a Asturias.

¿Más, cómo empezar de donde tanto puede decirse? ¿Octubre del treinta y cuatro? ¿Febrero del treinta y seis? ¿Octubre del treinta y seis? ¿Febrero del treinta y siete? Cualquiera de estas fechas marcan una conducta tan singularmente ejemplar que puede servirnos para nuestro trabajo. Sin embargo elegimos, las que por ser más recientes nos facilitarán la labor.

¿Quién no recuerda aquellos días de Octubre de 1936 en que con insuficiencia de elementos de combate, pero con una ilusión simbólica y emotiva, las milicias asturianas se lanzan a la conquista de la ciudad, con tal ardor, que llegan a pisar las calles más céntricas de Oviedo?

Entonces, con infinita más ilusión que medios, logran, como se proponían, entrar en la ciudad, aunque después la brutal realidad de la guerra les impide conservar lo conquistado; pero esto no les arredra ni les hace perder la moral ni su ilusión. Una retirada ordenadísima les permite, con superior ilusión y moral si cabe, corregir defectos, diferencias y obtener los medios de combate que son indispensables cuando se tiene enfrente un ejército que los emplea en grado extraordinario, y crear el soberbio Ejército Regular Popular que hoy nos marca de nuevo el camino de la victoria.

Y llega Febrero del treinta y siete... Los periódicos comienzan a darnos noticias ciertas de que un ejército potente y disciplinado, provisto de los elementos de fuerza necesarios, inicia su nueva y última ofensiva, con tal empuje y violencia que diariamente tienen que reseñar, al propio tiempo que inconmensurables hechos heroicos y combates en donde el desprecio a la vida y la disciplina de las unidades es incomparable; constantes conquistas de nuevas posiciones que van estrechando inexorablemente a los fasciosos en su reducto como mano que le ahogará implacable.

¿Consecuencia de qué esta moral combativa de victoria? Oviedo, Asturias, ha sido siempre un ejemplo en las eternas luchas de la República y del proletariado español. Y una vez más, como Madrid, está haciendo honor a su historia. Una sola consigna anima a todas las organizaciones de Asturias: «Guerra, solo Guerra», y bajo esta consigna y con el lema «Ofensiva, Ofensiva, Ofensiva», se mueve todo, absolutamente todo Asturias. Vanguardia y Retaguardia.

He aquí por qué es ejemplo de moral Asturias. Imitémosla en el aspecto que necesitamos imitarla, por una España más justa, por nuestros héroes caídos y por la Independencia española.

BALAS LÍRICAS

¡¡Balas Rojas!!
antes que luzcan las hojas
su gala primaveral,
han de acabar las congostas
de esta guerra criminal.

La victoria,
ha de escribirse en la historia
nueva del pueblo español,
entre canciones de euforia,
con luces de alegre sol.

El fusil,
debe forjar un abril
más radiante que el de ayer.
¡Brote ya el gesto viril,
y a vencer!

Con audacia,
sin pensar en la desgracia,
hay que avanzar «Balas Rojas»
¡Que alumbre la democracia
el sol de las nuevas hojas!

¡Adelante! ¡¡Balas Rojas!!

GARCIA-DIEZ

En el frente. 2-937

NUESTRO JEFE



La superioridad ha designado para el mando de esta Brigada al Teniente Coronel Melero, hombre de recias virtudes republicanas, perseguido y encarcelado en diversas ocasiones precisamente por dichas virtudes.

Al saludarle con toda subordinación y cordialidad le ratificamos la promesa que tenemos hecha de derramar hasta la última gota de nuestra sangre antes que consentir que el fascismo invada nuestra Patria.

Salud, Teniente Coronel Melero.
¡A sus órdenes!

Salud a los nuevos camaradas

Con la reorganización de nuestra Brigada 75, el mando nos ha incorporado dos batallones; uno de ellos, el antiguo Pedro Rubio, compuesto por luchadores magníficos que vienen actuando ininterrumpidamente desde los primeros momentos de la rebelión, y por cuyas altas cualidades morales y combativas ha sido destacado elogiosamente en diversas ocasiones. La incorporación del otro Batallón nos prueba que la organización del gran Ejército Regular Popular se hace, además que con la cabeza, con el corazón.

El Batallón «Marcelino Domingo», creado amorosamente por nosotros, un día fué separado de nuestro lado para reforzar otra Brigada. Mentiríamos si no dijéramos cuanto nos dolió esa separación, no en balde nuestra larga convivencia con mandos y milicianos nos había identificado de tal manera con todos sus componentes, que para ellos y nosotros era obsesionante ese elejamiento.

El alto mando, comprendiéndolo así sin duda, nos lo reintegra, y nosotros calificamos este gesto en lo que vale, prometiéndole, una vez más, con la firmeza que requiere la intensidad de la lucha entablada, no regatear esfuerzo ni sacrificio que sirva para conseguir la victoria que todos los españoles honrados anhelamos.

HABLA EL Mando militar.



DISCIPLINA

Es asunto sobre el que tanto y por autorizadas plumas se ha escrito, que nos asalta el temor de no aportar ninguna idea nueva; sin embargo, el tema es sugestivo y no podemos resistir a la tentación de opinar, siquiera sea solicitando de antemano benevolencia para nuestros juicios.

Entendemos que el problema único que tenemos planteado actualmente es el de ganar la guerra y, para llegar a tan deseada finalidad, se impone con claridad meridiana la necesidad de subordinar todos nuestros esfuerzos a una consigna: DISCIPLINA.

Los que por imperativo del deber, que voluntariamente nos impusimos desde el primer momento, hemos vivido paso a paso la gesta heroica de nuestra campaña, combatiendo en diversos frentes, poseemos la desconsoladora experiencia de los graves perjuicios que nos ha causado la falta de un orden primero, la ausencia completa de una subordinación eficaz.

Existen hechos anecdóticos que sería aleccionador revelar en toda su crudeza, para demostrar, de qué manera tan absurda y desconcertante se han producido nuestros milicianos en aquellos memorables días de la evacuación de Talavera y posteriores precisamente por la falta de disciplina.

¡Cuántos generosos esfuerzos iniciados bajo los mejores auspicios se malograron por la carencia de disciplina y sometimiento al mando!

Es un raro fenómeno que hemos visto repetirse muchas veces a través de estos siete meses de lucha, el de iniciar nuestros combates una operación con decisión y brío, sostener varias horas el fuego, y cuando todo parecía indicar el triunfo, producirse una extraña reacción psicológica, que determinaba indefectiblemente el abandono rápido del terreno, sin causa exacta que lo justificase. En ocasiones, una orden de retirada que nadie sabía de dónde partió; en otros casos, un sentimiento instintivo de pánico, síntomas reveladores de la carencia de disciplina, que es generadora de confianza.

Padece una indigestión de falsa democracia y el concepto arraigado hasta ahora en un gran sector de nuestros milicianos, de que cada cual podía hacer lo que le viniera en gana, nos ha causado hartos perjuicios.

Es cosa sabida por todos, que la verdadera democracia no consiste en hacer lo que se nos antoje, si no aquello que en cada momento convenga a la colectividad y permitan las circunstancias.

Luego partiendo de este principio, a poco que discurramos, se llegará a la conclusión clara y precisa, que si en cualquier orden de cosas hay necesidad de establecer una reglamentación, que al ordenar las funciones nos conduzca al fin prefijado, a mayor abundamiento en el orden militar es de todo punto imprescindible la unificación y sometimiento de cuantos esfuerzos podamos realizar, encaminados a lograr el triunfo.

La gran mayoría de nuestros milicianos, figuraban encuadrados en alguna central sindical y resulta un contrasentido que estos camaradas que voluntariamente se sometían a la disciplina de sus Organizaciones y acataban sus mandatos, convencidos de los beneficios que habría de reportarle, vacilen en reconocer y aceptar la disciplina de guerra, indispensable en absoluto, que nos ha de reportar el definitivo beneficio de nuestra libertad y bienestar futuros.

Pensemos serenamente, sin hacernos demasiadas ilusiones y la experiencia de la histo-

HABLA EL miliciano

DISCIPLINA

Mucho se ha hablado sobre la disciplina y he creído conveniente dar mi humilde opinión sobre lo que esto debe significar.

Yo entiendo que la disciplina, a pesar de lo que crean algunos, no está reñida con la amistad y la camaradería que entre todos debe existir, y si nuestro jefe inmediato superior da ordenes, deben cumplirse sin titubear, puesto que él recibe ordenes del Alto Mando y tiene que cumplirlas y hacerlas cumplir. Por consiguiente, basta para que sea un buen amigo y un gran compañero para que cuando ordene algo se cumpla, precisamente por ser amigo y compañero hemos de obedecerle, si cabe más, y no abusar de la amistad o mal compañerismo para que cuando dé una orden hacer cada uno lo que le venga en gana.

Todos, absolutamente todos, hemos de obedecer, del más alto al más bajo, y cuando la obediencia de las ordenes se reciban, con agrado y sin vacilaciones, entonces nos habremos formado una disciplina férrea y una disciplina admirable, por no tener que someternos a la imposición y cumplir las ordenes que nos den nuestros amigos y compañeros, sin malos gestos, ni menos figurarnos que los da él por su gusto.

Yo creo que si todos nos formamos este juicio, de que el oficial interpreta ordenes superiores, adelantaremos mucho, pues no veremos en él, como muchos piensan, que ha dejado de ser el amigo de siempre y hasta incluso el compañero y se ha impuesto como dictador.

IGNACIO RAMOS CANTERO
Sección Morteros, Segundo Batallón de la 75 Brigada Mixta

ría nos enseña, que un pueblo en armas, por mucho heroísmo que derroche, no puede hacer más que resistir determinado tiempo, ante un ejército organizado regularmente. Las guerras se han ganado siempre con ejércitos, y sin remontarnos mucho, tenemos relativamente próximo a nosotros un ejemplo elocuente: examinando el desarrollo del movimiento revolucionario del querido pueblo ruso, vemos que apenas transcurrida una primera y corta etapa inicial, todos los esfuerzos de Lenin y sus colaboradores, se encaminan a encuadrar los grupos dispersos revolucionarios, en la disciplina de un ejército regular y acaso su mayor acierto fuera el conseguirlo con bastante rapidez, ya que de no haber sido así, el movimiento hubiera fracasado posteriormente cuando los restos del ejército zarista fueron apoyados fuertemente por las potencias extranjeras.

Después de los meses de lucha transcurridos, en que nuestros hombres, desde el oficial al miliciano, se han curtido en las prácticas de guerra, estamos en inmejorables condiciones para llegar rápidamente a la constitución definitiva de un Ejército regular.

Para ello tenemos capacidad y entusiasmo sobrados; nos falta sólo que la disciplina complete nuestra eficiencia.

El imperativo del momento grave que vivimos, debe hacernos reflexionar serenamente a todos y conscientes de la responsabilidad enorme que ante nuestra conciencia de hombres y de revolucionarios tenemos contraída, someternos voluntariamente a esa disciplina, que rápidamente nos ha de conducir a la victoria.

Lo exige así, categóricamente, el interés de la noble causa que defendemos, la existencia de nuestra propia familia y la independencia de nuestro amado país, víctima de extranjera invasión y, ante estas consideraciones, nada supone el que cada cual sacrifique un poco de su individualismo. La sangre de nuestros héroes caídos bien merece esta pequeña ofrenda.

UBALDO GANAN
Comandante del Tercer Batallón

HABLA EL Comisario.

DISCIPLINA

Mucho se ha dicho y escrito sobre disciplina. Yo, no obstante, me propongo dejar expuesto mi juicio en lo que es, significa y representa la disciplina en la guerra.

Desde tiempos remotos la disciplina es el arte de instruir y preparar a los hombres para la guerra, inculcando en todos el respeto y la obediencia al mando en todos los actos de servicio y fuera de ellos; conseguida una férrea disciplina, sin la cual no hay verdadera fuerza, suple a la insuficiencia de número y da una nueva solidez al valor, por que en medio del peligro, los valientes y disciplinados no sufren inquietudes y entonces la conducta de los compañeros menos entusiastas se asimila elevando su moral igualándose con la de aquéllos.

La disciplina depende por completo de la ley militar pero debe de estar ayudada por la ley civil teniendo su raigambre en el pueblo, acomodándose al carácter de las regiones, al espíritu de los tiempos, a la dirección de las leyes y al régimen político de los Gobiernos. La disciplina no se crea en un solo día; es consecuencia y efecto de la elevación moral, cultural y política del ejército; es el resultado de la acción lenta e incesante del mando justo; la disciplina se consigue más rápida y más eficaz desechando duros castigos y empleando justos razonamientos.

Es indispensable, dentro del organismo militar, las más perfecta disciplina, debiendo extenderse sus efectos fuera de él, contribuyendo poderosamente a la fuerza de orden social; la disciplina hace posibles los esfuerzos de conjunto y es el primer elemento de la fuerza militar de un pueblo. Cuando el ejército es disciplinado, su moral es elevada, su fuerza combativa es grande y su victoria es segura. Cuando un país sostiene una guerra, la disciplina necesariamente ha de observarse, desde el primer puesto de combate en la avanzadilla, hasta la más apartada retaguardia, acatando cuantas disposiciones emanen del Gobierno, cumpliéndolas y haciéndolas cumplir con la mayor rapidez en toda su amplitud.

Así entiendo yo la disciplina, imponiéndosela cada cual a sí mismo primero, enseñarla o recibiendo enseñanza de ella después, para aumentarla y perfeccionarla hasta el grado preciso que nos conduzca rápidamente a la victoria.

J. DE LA VEGA
Comisario de Guerra



Balas... perdidas.

Como consecuencia del desastre de Annual, hubo el inevitable trasiego de tropas de la Península a Africa, y, entre los que fueron allí, estaba un muchacho conocido por Pepe el Pintor, que era una verdadera desdicha en su profesión, pero en cambio era un dechado de bondades. Apenas había desembarcado, cuando su compañía fué nombrada para la protección de un convoy de víveres y allí salió Pepe sin haber disparado el fusil ni oído más detonaciones que las de los fuegos artificiales en la feria de su pueblo. Apenas alejado el convoy de nuestras posiciones, empezó el paqueo, que poco más tarde degeneró en fuego graneado y a discreción. Los nuestros tomaron sus posiciones para repeler la agresión y se armó un «fregao de los de aupa». Cuando el tiroteo era más intenso, Pepe el Pintor que estaba escondido detrás de unas piedras esperando a que pasara aquello, pareciéndole inhumanas esas demostraciones rifeñas, con gesto magnífico de coraje, salió de su escondite y poniéndose las manos a manera de bocina, exclamó con toda su alma, dirigiéndose a los moros: «¡Jasé er favó de no tirá, hombres, que aquí hay gentes!».

Héroes

Angel Camoira, ha muerto

Ayer enterramos a nuestro capitán. Hoy a nuestro Comisario del Subsector. Como se van los buenos, con ello perdemos los «Balas Rojas» dos héroes, dos compañeros, dos combatientes que dejan huecos difíciles de llenar.

Uno representaba la serenidad de juicio; el valor el otro, la juventud llena de ideal, el entusiasmo y un valor inapreciable. ¡Pobre Camoira! Cuantas veces hablábamos su ideal, sus ilusiones, con su charla llena de optimismo.

¡Pobre capitán! Cuántas veces también me decía: «Este Camoira es demasiado temerario», pero él disfrutaba con que Camoira fuera así.

La metralla fascista se los llevó juntos, segando sus vidas. Nuestro capitán, que era ejemplo de combatientes, ejemplo de republicanos, ejemplo de compañeros y cumpliendo con su deber de capitán y de compañero, encontró su muerte.

Unos camaradas que al dar la orden de ataque, llenos de entusiasmo y coraje habían avanzado en dirección asignada al objetivo que pretendíamos tomar, perdieron el contacto con el grueso de la fuerza. Cuando todos nos replegábamos, nuestro capitán, que había permanecido sereno y firme todo el tiempo, advirtió el peligro que esos camaradas corrían, y fué en su busca para avisarles; entonces fué cuando una bala traidora segó su cuello, segando a la vez su vida. Delante de estos camaradas iba Camoira, que lleno de entusiasmo y coraje avanzaba con el cinto lleno de bombas hasta llegar a muy pocos metros de las trincheras enemigas, y allí, subido sobre un montículo de tierra, descargó su carga sin moverse. Le hirieron en la muñeca, pero él no se inmutó por eso; un camarada le ató un pañuelo sobre la herida y otra vez siguió tirando bombas hasta que una bala más certera le hizo tambalearse, siendo retirado a viva fuerza... ¡Qué gran muchacho! Y qué gran camarada. Era un trabajador infatigable que sentía la causa de veras. Murió como el capitán. Han muerto como dos héroes.

¡Capitán Agapito Fuentes!

¡Camarada Angel Camoira!

El mejor homenaje; el mejor tributo que podemos rendiros al bajar a la tumba, es prometeros que seremos dignos de vosotros, imitándoos y que sabremos haceros justicia, no venganza, porque en el pecho, en el espíritu liberal, en los sentimientos revolucionarios, no ha anidado nunca el ánimo de venganza, ni la causa noble, por la cual luchamos, lo consentiría. Quédese la venganza para los otros, para los cobardes, que a la sombra de la noche asesinan a mujeres y niños desde las alturas, cuando a la luz del día fracasan en las trincheras.

CANDIDO MARTIN

2.ª Compañía - Tercer Batallón

El Capitán AGAPITO FUENTES



A la mortecina luz de una vela que casi en vano pretende alumbrar nuestro parapeto, estamos reunidos varios camaradas comentando la, para nosotros, gran tragedia.

Ha muerto nuestro Capitán. Otro héroe más que añadir a la lista de los que ofrecieron su sangre generosa en holocausto de la Libertad.

Siete meses llevábamos combatiendo a su lado. Llegó a constituir para nosotros, para «sus muchachos» como él nos llamaba, algo más que nuestro Capitán. Era nuestro padre, ya que sus órdenes eran más bien consejos paternales, aunque no por esto careciese de la energía necesaria en los momentos precisos.

Somosierra. En nuestra mente conservamos con todo detalle su típica silueta dibujándose sobre las peñas, en las que impotentemente la canalla fascista vertía sus furores, lo que más que otra cosa constituía para él una diversión ya que de su rostro nunca desapareció su clásica sonrisa; y ni siquiera se inmutó cuando algún proyectil, con gran estrépito, exhalaba junto a él su horrible suspiro de muerte.

Sus gafas, la pipa, el bastón y la bolsa de costado (de la que, como dijo un compañero con frase feliz: «parecía sacar las sonrisas que por las trincheras prodigaba»), definían claramente su personalidad, bondadosa y simpática en extremo.

En mi memoria conservaré siempre un emocionante recuerdo de su vida. Cuando en un combate anterior cayó nuestro primer compañero, ví como, cuando se creyó a solas, dejaba resbalar por sus mejillas amargas lágrimas que, sin duda, forzosamente, en nuestra presencia contuvo. ¡Así son los hombres! Así, era nuestro Capitán.

Ha muerto como le correspondía: Como un héroe. A pocos pasos, casi encima de las trincheras enemigas, y para satisfacción suya, rodeado de «sus muchachos» los que a su lado hemos aprendido a despreciar la vida y sonreírnos, como él, de las balas enemigas.

¡Capitán Agapito Fuentes! Te aseguro que seguiremos siendo dignos de tí, y que tu muerte no es sino un incentivo más que añadir para nuestra lucha, en la cual no sólo lograremos vengarte, sino que también acabaremos con los que pretenden ser los verdugos de la Libertad.

¡HURRA POR NUESTRO CAPITAN!

¡HURRA POR LOS BALAS ROJAS!

R. Fresneda

No es ninguna cobardía tenderse en plena batalla. Un buen soldado administra bien su vida, pues solo el que vive puede seguir luchando

+ Sanitarias.

Hay que fortificar y fortificarse

No basta que los combatientes se atrincheren y parapeten para ser fuertes contra el enemigo; es preciso, que en parapetos, trincheras, chavolas y toda clase de refugios, dentro de las circunstancias de la guerra, se respire lo mejor posible, limpiando y desinfectando. Los médicos, los practicantes y todos cuantos tengan conocimientos sanitarios no han de ir solamente a curar, han de aprovechar diariamente los momentos en que no hay combate en dar charlas, consejos colectivos e individuales, que tiendan a corregir, a educar, en materia sanitaria a los soldados del pueblo.

La salud del combatiente está constantemente amenazada por múltiples causas. Veamos constantemente, médicos y practicantes, porque el ambiente que rodea a nuestros combatientes estén desprovistos de los peores enemigos microscópicos.

Un hombre sano cura antes de un balazo que uno que esté enfermo o cerca de serlo.

Los jefes y oficiales que no quieran tener bajas en sus batallones, en sus compañías, han de tener muy en cuenta lo expresado y sancional al camarada que no observe las reglas higiénicas que se le vayan señalando.

Así la fortificación es completa y así se forma el Gran Ejército de la República, que será invencible.

Y ahora que hablamos de bajas, voy a añadir que la acariosis (sarna), no debe ser causa para ser baja, porque se puede tratar y curar en el frente en pocos días.

Al saludar a todos los camaradas, les digo que deseo la observancia de estos sencillos argumentos sanitarios, porque deseo un Ejército de hombres sanos y fuertes.

JESUS AMADOR RODADO
Oficial practicante del segundo Batallón de la 75 Brigada



¡Muera el fascio!

Soneto revolucionario

Truena el cañón allende la montaña,
ruge el león, sus cadenas rompiendo,
el pueblo español la razón esgrimiendo,
bate al fascio, bestia de mala saña
que el suelo patrio siega con su guadaña;
capital y usura al proletario oprimiendo,
militar pedante, su espada blandiendo,
cristo en la mano; esta es su vil patraña.

Vea el hombre libre a España mancillada,
por los malos españoles que no deben piedad,
por viles extranjeros, que traen en manada,
baldón oprobioso de su indignidad;
antes que ver la patria, por chusma ultrajada,
morir debemos todos por la libertad.

JUAN MONCLÚS ALEMANY
Teniente miliciano de «Balas Rojas»

Llegó la hora de sacudir el polvo.



¡¡CAMARADA!!

En Madrid no dejes de asistir al

CINE CAPITOL

donde encontrarás siempre
- los mejores programas -

PROXIMAMENTE

TIEMPOS MODERNOS

La mejor producción de

CHARLOT

La justicia del pueblo



He aquí el retrato de dos prisioneros del Cerro Rojo, juzgados y absueltos por el Tribunal Popular de la República.

Al recobrar su condición de hombres libres han tenido el gesto de recabar un puesto junto a los que luchan en vanguardia y ahora unidos estrechamente con los «Balas Rojas», sus hermanos, se llenan de gloria al defender con entusiasmo las libertades de nuestra querida patria.

No dispaes cuando estés excitado. Un tiro certero vale más que diez tiros inseguros. Disparar de noche es malgastar municiones, a no ser que tengas al enemigo muy cerca y delante.

